

TEXTO Gil Sánchez

MONCAYO: LA MONTAÑA Y EL HOMBRE

UNA DE LAS IMÁGENES EMBLEMÁTICAS DE ARAGÓN ES LA DEL MONCAYO, UNO DE LOS PRIMEROS ESPACIOS NATURALES PROTEGIDOS EN ESPAÑA. PARA ACERCARSE A LAS MÚLTIPLES CARAS QUE OFRECE, EL MEJOR HILO

CONDUCTOR ES SU RELACIÓN CON EL HOMBRE, YA QUE SU PRINCIPAL SEÑA DE IDENTIDAD ES QUE SE TRATA DE UN PAISAJE A ESCALA HUMANA

Vista aérea de Zaragoza. Al oeste, el Moncayo FOTO JAVIER ROMEO



La silueta del Moncayo es una imagen tan inconfundible como conocida, ya que el monte domina un amplio territorio sobre las provincias de Zaragoza, Soria, La Rioja y Navarra, entre las que sus estribaciones sirven de frontera. Sus 2.315 m de altura (la máxima cima del sistema Ibérico), sus rotundas formas, la corona de nieve que luce durante meses y, sobre todo, su aislamiento lo convierten en un hito del paisaje reconocible desde todos los puntos cardinales.

A quien se acerca a sus faldas, el Moncayo le ofrece un espacio natural tan rico como diverso. La geomorfología suma circos glaciares, muelas calcáreas, barrancos, terrazas... todo un compendio de las formas de relieve entre la alta montaña y el valle del Ebro. De la misma forma, la biología aglutina ambientes mediterráneos y atlánticos, hayedos y encinares, humedales y estepas, vegas y cañones; muchas plantas del sur tienen aquí su límite norte, otras del norte, su frontera sur. La fauna incluye especies únicas de arañas, caracoles y mariposas, una abundante población de aves rupícolas y forestales y nuevos inquilinos como ardillas y cabras monteses.

Pero la principal seña de identidad de la montaña es su relación con el ser humano, que desde la más remota antigüedad ha aprovechado sus recursos naturales, hasta el punto de que se dice que no hay nada en el Moncayo que no haya sido usado por el hombre. Una utilización que ha modificado el paisaje mediante el carboneo, el pastoreo o la explotación minera; pero ha sido un uso sostenible, que, lejos de destruirla, ha creado sus distintos paisajes y es causa de que en este lugar se encuentren muchas de las especies vegetales de la península.

Vista de la localidad y el castillo de Trasmoz
FOTO JAVIER ROMEO



Rebaño de ovejas y perro pastor. Cueva de Ágreda
FOTO FERNANDO LAMPRE

Si ningún territorio puede tener vida sin la presencia del hombre, el Moncayo es uno de los mejores ejemplos de esta relación, como se ha plasmado en el libro *Moncayo*, publicado con el significativo título de *Parque Natural del Moncayo, un paisaje a escala humana*. Editado por Prames y el Gobierno de Aragón, este volumen muestra, a través de más de 200 páginas de fotografías, las distintas facetas de las tierras moncaínas y de sus gentes y reclama mantener los usos que han configurado el espacio actual. Espacio natural, mítico, protegido y, ante todo, espacio humano.

En palabras de Enrique Arrechea, coordinador de la obra: «Tal vez su singular existencia entre la meseta castellana y el valle del Ebro es lo que atrajo tan pronto a los hombres alrededor del Moncayo. Y sus bosques, pastos, rocas y aguas debieron ser las razones de que lo colonizaran, lo utilizaran y lo transformaran en los paisajes que ahora admiramos. Paisajes donde lo natural se confunde con lo humano, para crear un mundo admirable y distinto a las tierras que lo rodean».





Dehesa del Raso en Añón FOTO JAVIER ROMEO

| EL MEDIO FÍSICO |

Las rocas del Moncayo cuentan una historia de más de 500 millones de años, desde que en el Cámbrico se formaron las rocas más antiguas de la sierra, incluyendo los minerales (hierro, plata, plomo) que se han explotado en los últimos dos mil años.

Leyendo las piedras se conoce que durante la Era Secundaria, el Moncayo era una fosa entre dos macizos, donde los ríos arrastraron gravas y barros que luego se compactaron para formar areniscas y lutitas, las rocas más características, en donde marcas de gusanos y saurios conservan la memoria de la vida animal. Luego, hace 195 millones de años, llegó el mar y dejó tras él las espesas capas de caliza en las que están esculpidas la plana de Purujosa o las Peñas de Herrera. Durante el Terciario Inferior, los movimientos tectónicos levantaron y plegaron todos los materiales; nació la montaña y comenzaron los procesos erosivos.

A su vez, la dimensión, el carácter aislado y la fuerte pendiente de las laderas del monte (más pronunciadas hacia el norte) provocan que los elementos del clima, como el viento y la lluvia, sean claves en la configuración del relieve y los paisajes. Apenas 20 km en línea recta separan las estepas de las Bardenas Reales de la cumbre de la montaña y en este camino, la acción del agua y las variaciones de temperaturas y altitud crean ecosistemas muy diversos, por lo que el monte está reconocido como único en toda Europa.

Rodeado de un medio mediterráneo continentalizado de temperaturas contrastadas y escasas precipitaciones, el Moncayo detiene los vientos húmedos del Cantábrico, que al ascender por sus faldas se condensan en nieblas, lluvias y nieves, con más abundancia cuanto mayor es la altura. Esto determina también un claro contraste climático entre la vertiente norte y la sur; la primera mucho más húmeda y variable.

El agua que se deposita en las cumbres fluye luego por arroyos y acuíferos subterráneos para terminar agrupándose en los valles del Queiles y el Huecha. El nacedero del río Queiles, donde manan 1.500 litros por segundo, muestra la riqueza de los acuíferos del monte, desde muy antiguo aprovechados en completos sistemas de regadío, y cómo el agua es un último elemento clave en la modelación del espacio moncaíno.

| LOS BOSQUES |

El Moncayo ha sido calificado de «compendio forestal del continente europeo» por la variedad de bosques que suma, visibles desde la lejanía en el abanico de coloridos que presentan sus vertientes.



Las partes más bajas son el territorio del encinar, aunque la flora acompañante permite diferenciar el dominio de las rocas calizas y las ácidas; también se encuentran algunos bosquetes de quejigos, mientras que las acebedas ocupan las laderas más abruptas y pedregosas. Entre los 1.000-1.500 m, los suelos ácidos son ocupados por los rebollares, aunque se trata casi siempre de ejemplares de porte arbustivo, al haber sido aprovechados de forma secular por los rebaños; solo en algunos puntos, como en Cueva de Ágreda, se encuentran árboles bien desarrollados.

Se pueden ver también muestras de roble albar en Trasmoz, pero el bosque típico de las laderas del norte es el hayedo, aprovechando el amparo de las nieblas; en este ambiente húmedo crecen también grupos de fresnos, tejos, avellanos y otras especies, como el abedular de Agramonte. Finalmente, la repoblación forestal ha dejado extensas masas de pinares de diversas especies, entre los que hay que destacar el pino negro, en expansión hacia las crestas más altas.

Pese a su riqueza y apariencia, no solo los pinares sino casi todos estos bosques son jóvenes, ya que durante siglos los árboles sirvieron para elaborar leña y carbón o se talaron para crear pastos. El nombre típico de esta tierra de dehesa del Moncayo revela su uso desde la Edad Media como terreno ganadero, patente en los abundantes pastizales que también caracterizan a la montaña.

El abandono por los pastores está haciendo que matorrales espinosos, como enebros y sabinas, estén colonizando estos terrenos abiertos, aunque los pastos siguen siendo un espacio característico del monte.

Epipactis helleborine
FOTO JAVIER ROMEO



Hayedo en la zona de la fuente de la Teja

FOTO JAVIER ROMEO

| LAS GENTES |

El Moncayo y los pueblos que se sitúan a sus pies no han dejado de influirse entre sí: los habitantes han modelado el monte, el monte ha modelado a los habitantes.

Las laderas de la montaña han sido territorio aprovechado por pastores, carboneros, apicultores y mineros y todos estos aprovechamientos han terminado de configurar el paisaje y han dejado su señal en el territorio en forma de edificios y caminos. No es menor la importancia del Moncayo en la agricultura, ya que la imponente cumbre es fuente del agua que nutre los cultivos y también causa de un microclima especial que determina la calidad de productos como el vino, amparado por la Denominación de Origen Campo de Borja, y el aceite, que desde 2010 también se produce con el sello de la D. O. Sierra del Moncayo.

La vestimenta, las viviendas, los aperos de trabajo...; la vida tradicional en suma guarda la misma relación con el monte, que es fuente de materias primas, que obliga a usar técnicas específicas o marca el calendario de las actividades. Y, sobre todo lo demás, la imponente presencia del monte es materia básica de los ritos y creencias que han tejido la personalidad de la zona; sean las leyendas brujeriles de Trasmoz o la romería al santuario de la Virgen del Moncayo, documentada desde 1515.

Vista panorámica del Moncayo con cielo de tormenta FOTO JULIO E. FOSTER



Vista general de Aranda de Moncayo FOTO JAVIER ROMEO

No es menor la influencia que el monte ha tenido en sus visitantes, que se puede remontar hasta los poemas del marqués de Santillana, que hacia 1429, cantó a las pastoras de Vozmediano y Beratón. Los hermanos Bécquer, alojados en el monasterio de Veruela entre 1863 y 1864, son los más conocidos de los artistas que se inspiraron en el Moncayo.

El estudio científico comenzó en 1630, con la publicación por Bernardo de Cienfuegos, botánico de Tarazona, de su *Historia de las plantas*; y hasta la actualidad no se han detenido las investigaciones sobre flora, geología, glaciario... Una curiosidad es que la senda por la que asciende a la cima data de 1860, cuando astrónomos españoles y extranjeros se congregaron para estudiar un eclipse de sol.

Desde 1930 están documentados los ascensos deportivos a la cima, iniciando el uso excursionista del monte, cada vez más extendido.



Monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Veruela FOTO JAVIER ROMEO

| EL PARQUE NATURAL |

El actual Parque Natural del Moncayo nació en 2007, pero la protección legal del monte comenzó hace más de un siglo y medio, con los primeros pasos del movimiento conservacionista en España, lo que supone un claro reconocimiento a la importancia de este espacio.

Los primeros pasos se dieron en 1855, cuando la desamortización de Madoz puso a la venta las propiedades comunales de toda España, lo que llevó a que los propios ingenieros de montes formaran un catálogo con los montes que deberían quedar exceptuados por sus valores naturales. Fue el caso de la dehesa del Moncayo (propiedad del Ayuntamiento de Tarazona) y montes aledaños, lo que también sirvió para que el Distrito Forestal de Zaragoza hiciera las primeras repoblaciones entre 1888 y 1892.

Un segundo paso se dio en 1901, cuando vio la luz el primer catálogo de Montes de Utilidad Pública, gestionados por la administración, que ya cubría la mayor parte del actual espacio protegido.

Panorámica norte desde el santuario a la ermita de San Gaudioso FOTO JAVIER ROMEO

Los valores naturales del Moncayo se reconocieron específicamente en 1927, cuando en desarrollo de la Ley de Parques Nacionales de España se declaró el Sitio de Interés Nacional de la Dehesa del Moncayo, con una extensión de 1.389, fue el tercer lugar protegido en Aragón y el cuarto en toda España. Esta figura ya mostró su utilidad para reforestar la cuenca del río Huecha y evitar precoces planes urbanizadores y estuvo vigente más de 80 años; aunque los cambios legales modificaron el nombre por el de Parque Natural de la Dehesa del Moncayo, en 1978, y a traspasar la gestión al Gobierno autonómico, en 1984.

El último gran paso se dio en 1998, cuando los límites del parque se ampliaron hasta las 9.848 ha, lo que justificaba cambiar el nombre al actual de Parque Natural del Moncayo. Además, la ampliación se acompañó de la aprobación del PORN (Plan de Ordenación de los Recursos Naturales), adecuando la gestión y usos del territorio protegido a los objetivos actuales. Una nueva ampliación, en 2007, hasta las 11.114 ha, terminó de configurar el parque.

Todos estos cambios buscan conjugar varios fines. De cara al público, el objetivo es facilitar la información, accesibilidad e interpretación por todos los ciudadanos; de cara a los habitantes, que el parque sea un instrumento de desarrollo sostenible; de cara al propio Moncayo, cuidar y potenciar sus valores naturales característicos.



VIÑAS VIEJAS,
VIÑAS ALTAS

Entre las tierras áridas
y reflejos de cinco ríos,
nacen los vinos de la
Denominación de Origen Protegida Calatayud,
donde las cepas de garnacha arraigan
en laderas de tierra roja o negras pizarras.

El resultado,
grandes vinos que se definen
con una sola denominación: Calatayud.


CALATAYUD
DENOMINACIÓN DE ORIGEN

www.docalatayud.com

VINOS DE CALIDAD SUPERIOR